

El Balance de Poder en las relaciones internacionales

Ezequiel Magnani³

El Balance de Poder es un concepto harto relevante para analizar cuestiones vinculadas a las relaciones internacionales, especialmente en aquellos asuntos relacionados con la seguridad. El mismo hace referencia a la práctica orientada a la búsqueda de paridad de poder entre los Estados. Si bien hay varias posturas respecto a cómo afecta el Balance de Poder a la seguridad de los Estados, es indudable que dicho concepto es esencial para comprender asuntos relativos a la seguridad, estabilidad y la paz.

Podemos encontrar dos grandes posturas que vinculan a la práctica de Balance de Poder con la seguridad internacional. En primer lugar, tenemos la de Waltz (2010), cuya premisa principal establece que los Estados tienen como objetivo primordial asegurar su supervivencia y que, a su vez, dicho objetivo está sujeto a la posición del Estado en la distribución de poder en la que se encuentran todos los Estados del Sistema Internacional. En este escenario, la noción de Balance de Poder se vuelve relevante en la medida que las presiones estructurales del sistema den incentivos a los Estados más débiles para balancear a los más poderosos con el objetivo de llegar a la disuasión y asegurar su supervivencia⁴. De esta forma, la presencia del Balance de Poder se vuelve fundamental para evitar el abuso de poder que desencadena inestabilidad y guerras, ya que la disuasión hace que los Estados tengan incentivos estructurales negativos (altos costos y una probabilidad no aceptable de derrota) para utilizar su instrumento militar (bajan las probabilidades de una guerra preventiva). En segundo lugar, la posición de Organski (1958) ligada a la teoría de la transición hegemónica, marca que el Balance de Poder –lejos de ser necesario para la estabilidad y la paz– contribuye a la inestabilidad y a la guerra. Esta afirmación se sustenta en el hecho de que el autor considera al Desbalance de Poder como el escenario ideal de estabilidad ya que no hay actores que puedan disputarle el poder al Estado que ejerce la primacía. En este sentido, la seguridad de todos los actores está garantizada por la presencia de un único Estado muy superior al resto en términos de capacidades materiales. Esta es una afirmación muy polémica y suscita grandes debates dentro de la visión realista, ya que, en definitiva, la seguridad de los Estados termina dependiendo de la benevolencia del actor que ejerce la primacía. Me parece acertado mencionar que los Estados que aceptan este tipo de garantías a su seguridad lo hacen sacrificando su libertad, ya que quedan a merced del poderoso. Como menciona Waltz: “los Estados, como las personas, son inseguros en proporción a su grado de libertad. Si la libertad es querida, la inseguridad debe ser aceptada” (Waltz, 2010:112). Más allá de estas críticas al marco teórico presentado por Organski, podemos finalizar mencionando que la línea teórica que sigue el autor caracteriza al balance de poder como algo totalmente negativo, ya que compromete el desbalance de poder y ofrece incentivos positivos para que el Estado más poderoso lance un ataque preventivo contra su rival en ascenso.

En definitiva, lo que estos autores muestran es que el concepto de Balance de Poder es importante para analizar las cuestiones que versan sobre asuntos de Seguridad Internacional. Más allá de las variopintas consideraciones del impacto del balance de poder en los temas relativos a la seguridad, es innegable que una gran parte de la literatura considera a dicho concepto y práctica como clave para el análisis de las relaciones internacionales.

El concepto de balance de poder también es un concepto polisémico, ya que puede ser caracterizado de varias maneras. De esta forma, dentro de la literatura podemos encontrar categorías como “*soft balancing*”, “*hard balancing*”, “*offshore balancing*”, “*balance interno*” y “*balance externo*”. Todas ellas refieren a un tipo de balance de poder distinto y tienen en consideración los distintos atributos que poseen los Estados que van a practicar el balance de poder. En primer lugar, Waltz (2010) marca que el balance de poder puede ser ejercido de forma externa o interna⁵. Por un lado, cuando el balance es interno es producto del esfuerzo doméstico que el Estado hace para poder balancear a sus rivales, por ejemplo, los intentos de un Estado A por aumentar su producto bruto interno y por trasladar la riqueza generada a partir de dicho crecimiento en una mayor capacidad y desarrollo militar que equipare al Estado B. En este caso, el Balance de Poder internacional es producto de los

3 Licenciado en Ciencia Política (UBA).

4 En palabras del autor: “La seguridad para todos los Estados, uno puede concluir, depende del mantenimiento del balance de poder entre ellos” (Waltz, 1979:132).

5 En palabras del autor: “Los Estados, o aquellos quienes actúan por ellos, tratan de una manera más o menos sensible de utilizar todos los medios disponibles para conseguir sus objetivos. Estos objetivos caen en dos categorías: esfuerzos internos (movimientos para incrementar su capacidad económica, incrementar su fuerza militar, para desarrollar mejores estrategias) y esfuerzos externos (movimientos para reforzar y ampliar su propia alianza para debilitar y hacer tambalear a la alianza opositora)” (Waltz, 1979:118).

esfuerzos a nivel doméstico de un Estado. Un ejemplo de este tipo de balance puede ser los esfuerzos industriales de la Alemania Nazi por desarrollar sus capacidades económicas y transformar dichas capacidades en un mayor poder militar. Por otro lado, cuando el balance es externo, los Estados buscan balancear el poder de sus rivales a partir de la formación de alianzas con otros Estados. Un ejemplo de este tipo de alianza puede ser apreciada en la alianza entre Gran Bretaña, Francia y el Imperio Ruso para contener las aspiraciones de la Alemania dirigida por el Kaiser Guillermo antes de 1914.

En segundo lugar, la noción del “*hard balancing*” está íntimamente ligado con los balances internos y externos otrora mencionados. Es más, no sería equivocado afirmar que los balances internos y externos están dentro de este tipo de balance. Pape (2009) se refiere a este tipo de balance como “acumulación de armamentos militares, alianzas para ir a la guerra y transferencias y desarrollos de tecnologías” (Pape, 2009:251). En este sentido, puede observarse una evidente vinculación entre el balance duro y las mejoras y desarrollos estrictamente materiales ligados al músculo militar, ya que el tradicional Balance duro de Poder busca cambiar el desbalance militar incentivando la mejora en la capacidad material del Estado más débil (Pape, 2009:278). Por ejemplo, la Guerra Fría tuvo constantes prácticas balanceadoras entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en donde –en líneas generales– ambos buscaron acumular armamentos militares y mantener alianzas fuertes con Estados que estén dispuestos a ir a la guerra en caso de un escalamiento del conflicto. Este tipo de balance presupone que el Estado más débil que busca la paridad tiene la suficiente capacidad como para lograrla al cabo de un tiempo prudencial.

En tercer lugar, el Balance blando hace referencia a aquellas prácticas de Balance que, si bien no están directamente orientadas a cambiar la asimetría militar entre dos Estados, sirven para demorar, frustrar y socavar aquellas políticas unilaterales por parte del Estado que ejerce la primacía (Pape, 2009:252). Este tipo de Balance parte de la premisa de que el Estado que tiene ventaja militar goza de una asimetría de poder tan grande con el resto de los Estados que sería imposible e ineficiente buscar balancearlo de manera tradicional (balance duro). Para lograr demorar, frustrar y socavar las acciones unilaterales de poderoso, el Balance blando utiliza como herramientas las instituciones internacionales, la prohibición de despliegue de tropas en territorio propio, la diplomacia y el robustecimiento económico interno, entre otras. A su vez, el autor marca que la lógica de balancear a un solo superpoder se trata de coordinar expectativas de acción colectiva entre varios Estados de segundo rango. En este sentido, el balance blando “puede establecer bases de cooperación para un balance duro más fuerte en el futuro” (Pape, 2009:259). Dos ejemplos pueden ser dichos sobre como algunos Estados utilizaron la estrategia de *soft balancing* para restringir acciones unilaterales de los Estados Unidos. Por un lado, cuando Turquía y Arabia Saudita le denegaron en 2003 a Estados Unidos el uso de su territorio para desplegar fuerzas anfibias y fueron ambiguos respecto a la provisión de bases logísticas y poder aéreo. Por otro lado, cuando China y Corea del Sur –luego de la caída del *Framework Agreement* y la constatación de que Corea del Norte estaba desarrollando capacidades nucleares– elevaron su rol en las negociaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Corea del Norte para que, en primer lugar, los Estados Unidos vean elevarse los costos del uso de fuerza militar unilateral y, en segundo lugar, para que las negociaciones acerca del programa nuclear de este último Estado lleguen a buen puerto.

En cuarto lugar, el ‘*offshore balancing*’ es mencionado por Layne (2009) a la hora de sugerir cual debe ser la estrategia de los Estados Unidos frente al eventual mundo multipolar que, según el autor, tendrá que afrontar luego de que se termine el momento unipolar que caracterizó el período de posguerra fría. Este concepto también es utilizado por Mearsheimer (2014) para ilustrar el comportamiento de Gran Bretaña durante su período hegemónico que fue del 1792 a 1914 y el comportamiento de los Estados Unidos de América tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial. La idea principal de este tipo de Balance de Poder versa en el hecho de que el mismo es realizado desde alta mar, expresando de esta forma que el Estado que realiza el offshore balancing practica dicha estrategia de Balance para favorecer a ciertos poderes regionales que neutralicen el ascenso de un potencial competidor. Esto puede verse en los casos en donde Layne menciona que los Estados Unidos debería actuar como *offshore balancer*, a saber: “los Estados Unidos deberán permanecer alerta a los eventos que puedan requerir una política de compromiso: (1) la presencia de un competidor (...) (2) una dramática caída del poder relativo de América sobre Japón; o (3) la imposibilidad de otros Estados para actuar efectivamente como contrapesos debido a sus dificultades internas” (Layne, 2009:127-128). A su vez, este tipo de balance presupone que la posición geopolítica del Estado que lo practica es privilegiada, ya que lo que en realidad está haciendo es afectar el balance de poder de una determinada región sin ser parte de esta.

Lo que nos lleva a reflexionar estas conceptualizaciones es sobre si la propia lógica del Balance de Poder no puede también ser utilizada para intentar comprender otras prácticas humanas que van más allá del plano estatal. A su vez, dicha reflexión nos permite preguntarnos dos cosas. Por un lado, si en realidad la práctica del Balance de Poder (en todas sus formas) no es más que el producto del miedo que le tenemos los seres humanos

—más allá de estar gobernados bajo Estados, Imperios, tribus o clanes— al ejercicio arbitrario de poder por parte de un otro del cual desconfiamos. Por otro lado, si la respuesta a la primera pregunta es afirmativa, cabe preguntarse si hay algo que se pueda hacer para que los actores restrinjan voluntariamente su poder y, de esta forma, hacer innecesaria la práctica de balance de poder. Hasta el momento, la respuesta que la historia de la humanidad le da a esta pregunta no es alentadora.

Bibliografía

- A.F.K Organski (1958), *World Politics*, New York, Knopf.
- Christopher Layne. (2009). Michael E. Brown, Owen R. Coté, Sean M. Lynn-Jones and Steven E. Miller (eds.), *Primacy and Its Discontents*, Cambridge: The MIT Press, pp 85-131.
- Mearsheimer, J. (2014), *The Tragedy of Great Power Politics*, New York, W.W. Norton Company Inc.
- Kennedy, Paul (1982), *Rise and Fall of Great Powers*, New York, Random House USA Inc.
- Robert A. Pape. (2009). Michael E. Brown, Owen R. Coté, Sean M. Lynn-Jones and Steven E. Miller (eds.), *Primacy and Its Discontents*, Cambridge: The MIT Press, pp, 249-287.
- Gilpin, Robert. (2002) *War and Change in World Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, capítulos 1, 5 y 6.
- Steve Chan (2004), “Exploring Puzzles in Power-Transition Theory: Implications for Sino-American Relations”, en *Security Studies*, Vol. 13, No. 3.
- Waltz, K. (2010), *Theory of International Politics*, United States of America, Waveland Press Inc.
- William C. Wohlforth. (2009). Michael E. Brown, Owen R. Coté, Sean M. Lynn-Jones and Steven E. Miller (eds.), *Primacy and Its Discontents*, Cambridge: The MIT Press, pp. 3-39.
- Woodward, Susan L. (1999) “Bosnia and Herzegovina: How not to End a Civil War”, in Walter Barbara and Seyder Jack (eds.), *Civil Wars, Insecurity and Intervention*, Columbia University Press.